Es propiedad de D. V. de Lalama.
BIBLIOTECA DRAMATICA.
Librerias de Jordan Rios, Perez y Cuesta.

LA BATALLA DE BAILEN.

Zarzuela en dos actos, original y en verso de D. F. M., *representada con aplauso en el teatro de la Comedia* (Instituto) *el año de* 1849. 10 de Set.e

PERSONAS.

ARIA.	CURRO.
NGELA.	ANTON
SEÑOR LORA.	UN OFICIAL FRANCES.
L SEÑOR ROMERO.	DOS CRIADOS.
RLOS.	*Gente del pueblo.*
RTURO, *oficial francés.*	
CINTO, *guerrillero aragonés.*	

NOTA. Esta zarzuela està puesta en música por los maestros Gardyn y Gondois. La de la rondalla aragonesa e se baila en el acto segundo, es composicion del maestro Oudrid Las empresas que deseen poner en escena esta zarzuela, se dirigiràn á los corresponsales de la *Biblioteca dramática,* y por su conducto recibirán la música con arreglo á la tarifa establecida por sus autores. Las empresas que deseen ejecutar el libreto sin la música, tendrán presente las advertencias que van impresas al final del acto segundo.

La escena pasa en Bailen.

ACTO PRIMERO.

El teatro represènta la plaza ó uno de los sitios del pueblo de Bailen, en que se vean algunas casas á derecha é izquierda; en primer tèrmino, á la derecha, la del señor Lora; á la izquierda la del señor Romero; bancos de piedra á las puertas de ambas casas; en la tapia de la casa de Lora habrà un hueco, y en él colocada una imágen de la Virgen.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece el SEÑOR LORA, *rodeado de la gente del pueblo á quien distribuyen sus criados vasos de vino. El pueblo canta el siguiente*

CORO.

¡Que corra ese vino!
que siga la rueda!
en tanto que pueda
lucirnos el sol!
Venid, celebremos
tan grata victoria.
Brindad por la gloria
del pueblo español!

(concluido el coro sale de su casa el señor Romero y se dirige al señor Lora.)

ESCENA II.

Dichos, el SEÑOR LORA.

ROM. Compadre, ¿que significa
esa broma y esos gritos?
LORA. Nada, compadre, no es nada;
que estaban estos chiquillos
consumiendo unas botellas.
ROM. Pero cuál es el motivo?
LORA. Compadre, venga usté acà.
Es dia de regocijo
y de honor para este pueblo.
Usted conoce á Pepillo,
el que formó una partida
y se marchó á esos caminos
à luchar con los franceses?
ROM. Justo.
LORA. Pues hemos sabido
que tuvo ayer un gran choque
y derrotó al enemigo.
ROM. Es de veras?
LORA. Si señor;
cuando lo supe de fijo,
llamé á todos los muchachos;
quise que bebieran vino,
y les abri mi bodega:
soy el primero que tiro
la fortuna que poseo,
cuando se trata del brillo
y del honor de mi patria.
ROM. Tambien yo pienso lo mismo.
Muy bien hecho, señor Lora.
Pero guardemos sigilo,
y no hagamos disparates.

Tenemos al enemigo
alojado en nuestras casas,
y fuera tiempo perdido
comprometer un ataque
y ser causa de un conflicto.
LORA. Tambien tiene usté alojado?
ROM. Tambien; un oficialito;
pocas palabras le hablé;
por cierto que él y otro amigo
hablan bien el español.
LORA. Y cómo es eso?
ROM. Me han dicho
que sus padres emigraron
á España en noventa y cinco,
en tiempo de la república;
ellos parecen muy finos;
pero yo, á pesar de todo,
hasta con odio los miro.
LORA. Y no nos falta razon,
porque si hubieran venido
á combatir frente á frente,
entonces fuera distinto.
Mas vinieron por traicion,
fingiéndose por amigos,
ocupando nuestras plazas.
Pero ya se ha dado el grito
y toda España responde.
Mire usted, señor Perico,
no puedo ya con los años,
he cumplido ochenta y cinco;
pero á pesar de mi edad
saldré al campo el primerito,
y sabré ocupar mi puesto
aunque me hicieran añicos.
ROM. Muy bien hecho, señor Lora.
LORA. Tengo solamente un hijo;
todo cuanto tengo es suyo;
pero ante todo, es preciso
que cumpla con el deber
que yo mismo le prescribo;
quiero que tome las armas,
que dé ejemplo un hijo mio,
y que vean los del pueblo
que es un muchacho atrevido,
que deja todos los goces
por acudir al peligro.
Asi quiero yo que cumpla:
conozco que es sacrificio
hoy que su amor por Maria...
ROM. El su mano ha prometido
á mi hija; usted lo aprueba,
y en verdad me felicito
de enlace tan venturoso,
pero es muy justo el motivo
y aplaudo esa decision.
LORA. Hácia aqui vienen los chicos.

ESCENA III.

Dichos, MARIA, ANGELA *y* CARLOS.

ROM. A dónde vas, hija mia?
MAR. Qué! ¿me quereis reprender?
Hemos salido á saber
la causa de está alegria.
(*Romero y Maria continuan hablando en voz baja mientras que el señor Lora habla con Carlos.*)
LORA. Carlos, te iba á buscar; (*á Carlos.*)
sabes lo que en ti confio;
acércate acá, hijo mio.
porque tenemos que hablar.
CAR. Decid, ¿qué quereis de mi?
LORA. Nos hallamos frente á frente;
quiero saber francamente
qué puedo esperar de ti.
Sin duda ha querido el cielo
que su cólera se sienta:
ya ves la guerra sangrienta
que destruye nuestro suelo.
Si el enemigo triunfante
impone la esclavitud,
no debe la juventud
descansar un solo instante.
Levántese con ardor;
que se apreste á resistir,
y si debe sucumbir
que sucumba con honor.
CAR. Mucho me alegro el oiros
lo que me habeis indicado;
os habeis anticipado
á cuanto iba á deciros.
Yo proyectaba tambien
salir de esta tirania,
y levantar algun dia
al pueblo de Bailen.
No falta quien se decida.
MAR. Mirad lo que vais á hacer.
Oh! quereis esponer
inutilmente la vida?
CAR. No, mi bien, no cejaré
por mas peligros que vea,
y cuando el momento sea
de los primeros saldré.
Porque fuera muy villano
el que este paso retarde,
y tendrian por cobarde
al que ha de darte su mano.
ROM. Si, Carlos tiene razon;
no hay duda, debe salir,
y nunca podrán decir
que le faltó corazon.
Y cuando triunfe su gente
tus votos se cumplirán;
y al mirarte, te dirán:
«es la esposa de un valiente.»
LORA. No hay que perder la esperanza,
adelante y triunfaremos;
y para empezar, contemos
con gente de confianza.
CAR. A las armas llamaré
á los que tengo elegidos;
treinta hombres decididos,
y con los treinta saldré.
Vereis si mi gente brilla;
si me protege la suerte,
les haré una guerra á muerte
con mi valiente guerrilla.
Yo saldré de cualquier modo
y lucharé con valor.
LORA. Bien, hijo, tienes honor,
y mi sangre sobre todo.
Te ofrezco para tu empresa
cuanto quieras exigir;
ya puedes elegir
caballos en mi dehesa.
Si necesitas dinero
tambien dinero tendrás;
y si necesitas mas
toma mi caudal entero

ROM. Anda á preparar tu gente,
y nosotros á buscar
armas, hasta encontrar
un número suficiente.
Trabucos, los hay muy buenos;
pistolas, las buscaré;
¡qué diablos! te seguiré,
porque no quiero ser menos.
MAR. Y nosotras, padre mio,
quedamos abandonadas?
ROM. Si os dejo, quedais guardadas,
porque en el cielo confio.
Dios velará por mi vida;
Dios protege la virtud;
mas dejad esa inquietud;
no es hoy mismo la partida.
CAR. Muy pronto volveré á verte: (*acercándose á Maria.*)
me voy solo á disponer...
LORA. Si, hija mia, va á volver.
MAR. Dios querrá protegerte.
LORA. Si, Dios le protegerá;
tengo esperanza sobrada:
nuestra causa es muy sagrada
y el cielo la salvará.
Son ya dos los guerrilleros
que de este pueblo han salido;
yo, Carlos, solo te pido
que vayas de los primeros.
Que cuando llegue la hora
oiga decir en tu honor:
«tambien salió vencedor
el hijo del señor Lora.»
No podrás arrepentirte
si sigues bien mis consejos,
y nosotros, aunque viejos,
tambien sabrémos seguirte.
Si felizmente consigo
que todos vayan á una,
doy con gusto mi fortuna
por vencer al enemigo.
Y pues él es poderoso
en número, no desmayemos,
en cambio no le dejemos
un instante de reposo.
Caigamos, si, como un rayo,
puesto que él nos provocó
Madrid ejemplo nos dió
en el *dia dos de mayo.*
(*Los tres se retiran por la derecha y Angela y Maria quedan solas.*)

ESCENA IV.

MARIA, ANGELA.

(*Maria se sienta en el banco de piedra que está à la puerta de su casa, y Angela de pié à su lado procura consolarla.*)

ANG. No llores, hermana mia;
no llores, yo te lo ruego;
si, no les sucede nada.
MAR. Tú no conoces los riesgos
á que pueden esponerse.
ANG. Pues ya los oiste á ellos,
si dicen que no hay peligro.
Nuestro padre es ya muy viejo
y debe tener juicio;
sin embargo, es el primero
que estaba animando á Cárlos.
MAR. Ha querido darle ejemplo
de valor; por eso olvida
que no debe...
ANG. Muy bien hecho;
el hombre ha de ser valiente;
á mi me parecen feos
cuando los llaman cobardes.
MAR. Tú, niña, no entiendes de eso.
ANG. Bien, no te digo que no;
pero mira, lo que entiendo
es que Carlos y mi padre
quieren levantar al pueblo,
para matar á esos hombres
que son enemigos nuestros.
Y en eso tienen razon,
porque si ellos se estan quietos,
los otros los matarán.
Tú no sabes qué contento
me dá, cuando oigo decir:
«Ahi está Pepe el guerrillero!»
Y él entra con su partida,
con sus armas, y tan huecos!
Y las mujeres le miran
y le aplauden... lo confieso,
á mi me gustan valientes
y no los que tienen miedo.
MAR. Pobre niña! Tú no sabes
que tanta gloria y contento,
se disipa como el humo,
y que se convierte en duelo.
Tú no ves que nuestro padre,
y Carlos, y todos esos
pueden perecer tambien;
y nosotras, sin consuelo,
sin una madre querida,
en el mundo quedaremos
solas...
ANG. Eso no quiero.
¡Mi pobre padre! eso no; (*llorando.*)
hasta que llorar me has hecho
no has parado; yo no creo
que Dios consienta que muera.
Vaya, vaya, dejaremos
de hablar de cosas tan tristes.
Voy á ver si encuentro
á algunas de las amigas,
y te las traigo corriendo
para distraerte un poco.
Vaya, ¿no me das un beso?
MAR. Si, tómalo, hija mia.
ANG. No llores, que pronto vuelvo. (*vase.*)
(*despues de retirarse Angela, sale Arturo por el lado opuesto y se acerca á Maria.*)

ESCENA V.

MARIA, ARTURO.

ART. Por qué llorais, niña hermosa?
Hablad, decid en qué os puedo
aliviar vuestros pesares.
Hablad, Maria, os lo ruego.
MAR. Dispensadme, yo no lloro.
ART. A qué negar lo que veo?
MAR. Pues si lo veis, yo os suplico
que respeteis mi secreto.
ART. Siempre que á vos me dirijo,
conmigo esquiva os encuentro,
muy mal pagais mi aficion.
MAR. Perdonad, yo os lo agradezco.
ART. No es ya posible, Maria,

sofocar mis sentimientos;
os amo desde que os vi.
Ha trascurrido algun tiempo,
y en verdad, no me atrevia
á revelaros mi afecto.
Pues conoceis mi pasion,
solamente saber quiero
si en vos hallará acogida
el cariño que os profeso.

Mar. Vuestra pregunta me admira,
y suplicaros deseo
que me eviteis...

Art. No, Maria,
no, insisto de nuevo;
vivir en la incertidumbre
fuera un terrible tormento.

Mar. Pues bien... he de ser muy franca; (*pausa.*)
no puedo corresponderos.

Art. Conozco mi posicion,
y claramente comprendo
que solo puedo esperar
en vez de amor odio eterno.
Solo soy á vuestros ojos
un tirano, un estrangero
que ha venido á arrebataros
la libertad y el sosiego,
y yo no estraño el rencor
con que nos miran los vuestros.
En justa reparacion,
solo probaros intento,
que á pesar de conocer
la injusta guerra que hacemos,
el militar, nunca puede
hablar de sus sentimientos;
el militar obedece,
á la ordenanza sujeto.
Figuraos si sentirá
la guerra que sostenemos,
el que en desgracia alcanzó
proteccion en este suelo.
Mi padre vino emigrado,
y en España largo tiempo
recibi mi educacion;
ahora, su enemigo vuelvo;
mas sin duda dejó en mi
España gratos recuerdos.
Ya sabeis toda mi historia;
conoceis mis sufrimientos;
ahora, decid si mi amor
puede encontrar algun premio

Mar. Os he respondido antes:
ya os he dicho que no puedo
acceder á vuestra súplica.

Art. Tal vez andube indiscreto:
otro rival mas dichoso...

Mar. Si; negaros no debo
que desde mis tiernos años
amo á un joven de este pueblo,
y hace tiempo que formaron
nuestros padres el proyecto
de enlazarnos algun dia.
Pero yo tambien espero (*con inquietud.*)
que no intenteis molestarle...

Art. En qué he podido ofenderos
para que asi me insulteis?
Si es mi rival, no por eso
su felicidad destruyo;
yo la envidio... y la respeto.

Mar. Con qué bondad me tratais!
Gracias, señor; yo agradezco...

Art. Sé cumplir con mi deber.
A Dios, Maria, ya os dejo:
disponed siempre de mi,
no quiero seros molesto.
Gocen otros de una dicha
que á mi me ha negado el cielo. (*vase.*)

ESCENA VI.

Maria, *sola.*

Gracias á Dios que se fué!
Temblando estaba de miedo
por temor de que le oyeran.
Oh! no, guardaré silencio.
Que todo el mundo lo ignore.
Y Carlos? Tampoco debo...
Cuánta generosidad,
y qué nobles sentimientos!

ESCENA VII.

Maria, Angela, *y algunos jóvenes de ambos sexos; algunas rodean á Maria.*

Ang. Mira, hermana, aqui las tienes;
todos vienen muy dispuestos
para que dejes tristezas.
Ya se encontrará remedio
y todo se compondrá.
Vaya, amiguitas, bailemos.
Vamos pronto á principiar
el último baile, el nuevo.

(Algunos jóvenes de los que acompañan á Angela, bailan y los demas corean. Antes de concluirse el baile, habrán aparecido algunos oficiales franceses. Despues de concluido, *Curro*, *Anton* y los demas se agrupan y hablan aparte procurando que no los oigan los franceses.)

Cur. Mira, Anton, no los has visto?
Pues ya nos estan siguiendo.

Ant. En oyendo castañuelas
se vienen como borregos.
Si pudieran figurarse
que armamos este jaleo
por celebrar la victoria
de Pepillo el guerrillero!

Cur. Ay Jesus! Si Dios quisiera!..

Ant. Calla, y no hagas aspavientos.

Cur. No importa; si no lo entienden.

Ant. Yo hé oido á algunos de ellos
que hablaban en español:
Con que no nos descuidemos.

Cur. Callaré; pero ya ves
que es mucho ya el sufrimiento.

Ant. Qué quieres tú que podamos
con seis mil hombres lo menos?
Al campo con los trabucos,
y en el campo nos veremos.
Lo demas es imposible
y no saldrá nada bueno;
Carlitos nos ha instruido.
Ten paciencia, y esperemos.

Cur. Ea, muchachos, adelante; (*dirigiéndose á l multitud.*)
que se repita el jaleo;
con la música á otro barrio;
es justo que celebremos
la victoria...

Ant. Pero Curro...

Cur. Si señores, de los nuestros;
(*observando que los franceses se aproximan.*)

es decir, de los cristianos
que en este dia tendieron
en los campos de las Navas
á treinta mil sarracenos,
y triunfaron á las voces
de «Santiago y á ellos.»
(En nada me he deslizado; (*ap. á Anton.*)
me parece que va bueno.)
Muchachos, no digo mas;
adelante y respiremos;
y que Dios me dé salud
para ver lo que deseo.
(*todos siguen á Curro y Anton con la misma algazara que vinieron. Algunas de las jóvenes que los acompañaban quedan hablando entre si en el fondo.*)

ESCENA VIII.

MARIA, *algunas jóvenes y los oficiales franceses.*

OFI. 1.° Acerquémonos ahora; (*á los demas.*)
ya la gente se ha marchado;
estad firmes, sobre todo,
cuando señale el asalto.
(*el oficial primero se acerca á Maria, los demas á las otras.*)
Dime por Dios, niña hermosa, (*á Maria.*)
cómo sola te han dejado?
Por qué razon abandonan
tan bellisimos encantos?
MAR. Si no quereis que me vaya,
caballero, retiraos.
OFI. Marcharme! No, no lo creas,
cuando yo anhelaba tanto
adorar á una española;
ya ves que tu lengua hablo,
y aunque soy un estrangero
no puedo hablarte mas claro.
(*se aproxima mucho á Maria, haciendo ademan de abrazarla.*)
MAR. Dejadme, dejadme os digo!
OFI. No, me has de dar un abrazo.
(*los otros oficiales hacen lo mismo con las demas jóvenes y estas retroceden.*)
No quieres? Pues serán dos.
MAR. Socorro!
(*las jóvenes huyendo seguidas de los demas oficiales.*)
TODAS. Socorro!
MAR. Carlos!

ESCENA IX.

Dichos, ARTURO, *sale por el lado opuesto en que están colocados Maria y el oficial, y coje á este por un brazo para apartarle de Maria.*

ART. Atrás, atrás, miserable!
OFI. Qué es eso? Arturo! qué chasco! (*volviéndose.*)
Esta, amigo, es buena presa;
no me vengas molestando...
ART. Nunca creyera que tú,
á quien amo como hermano,
te atrevieras á olvidar
que no es digno de un soldado...
OFI. Cuando las plazas son fuertes
no hay mas medio que el asalto:
con que asi... (*dirigiéndose á Maria.*)
ART. Yo no tolero
ese proceder villano.
El que á una mujer insulta
es un cobarde, un menguado.
OFI. Arturo!
ART. Lo dicho.
OFI. Basta,
yo no puedo tolerarlo.
Tú me has llamado cobarde;
Arturo, me has insultado,
y solo las armas pueden
decidir en este agravio.
En guardia, ya estoy dispuesto.
ART. Al momento.
MAR. No, apartaos!
(*se oye en este momento el toque de generala algo retirado.*)
ART. El toque de generala; (*ap. al oficial.*)
dentro de poco marchamos.
En cuanto la noche llegue...
OFI. Si, sabremos encontrarnos.
(*el oficial se retira; Arturo mira á Maria por algunos instantes y despues cantan el siguiente duo.*)
MAR. Sois un hombre generoso,
sois aun mas, mi salvador,
tomad esta débil prueba
de recuerdo para vos.
(*se quita una cruz que lleva al cuello y se la entrega.*)
ART. No me agradezcais, Maria,
lo que es deber, no favor,
de amistad será el recuerdo
pues no es recuerdo de amor.
MAR. Yo nunca podré pagaros;
creed que tan noble accion,
ha de quedar para siempre
grabada en mi corazon.
ART. Alli la guerra me llama,
alli me llama el honor;
tal vez á la muerte voy,
á Dios, para siempre, á Dios.

ESCENA X.

MARIA, CARLOS.

CAR. Será cierto lo que veo!
Con quién estabas hablando?
MAR. Si, Carlos, con él hablé;
tú no debes estrañarlo.
Ese oficial estrangero
que está en mi casa alojado,
ha sido mi salvador;
él con muy noble entusiasmo
ha espuesto por mi su vida.
CAR. Habla, di, ¿quién te ha faltado?
MAR. Tres oficiales franceses
quisieron atropellarnos.
El entonces se interpuso
y me defendió su brazo,
su division va á marchar,
y...
CAR. Quién ha sido el malvado
que atrevido te faltó?
Maria, quiero buscarlo,
yo quiero pedirle cuenta.
MAR. Es inútil... si... ha marchado.
Por Dios, por Dios, no te espongas!
CAR. Maria, te quiero tanto,
que celoso te ofendi:
perdona porque he dudado
de tu amor.
MAR. Y qué motivo

tienes? En qué te falto?
CAR. Confieso que obré muy mal.
MAR. Pues bien, estás pordonado.
(*Maria y Angela se retiran por la puerta izquierda.*)

ESCENA XI.

Dichos, ANTON, CURRO *y pueblo.*

CUR. Ahora déjame hablar.
ANT. No hay duda, ya se marcharon.
CUR. Pues algo bueno ha ocurrido,
ellos aprietan el paso;
señal que los nuestros vienen.
ANT. Dicen que se han acercado
las guerrillas de Jacinto.
CUR. Romero salió á esperarlo. (*se oyen voces hácia*
Por acá se acerca gente; (*la derecha.*)
aqui le teneis; ya ha entrado.

ESCENA XII.

Dichos, JACINTO, ROMERO.

ROM. Aqui teneis á Jacinto
el fuerte zaragozano.
CUR. Que viva Jacinto!
TODOS. Viva!
JAC. Chicos, me alegro encontraros
tan fuertes y tan dispuestos.
CAR. Quiero estrecharos la mano,
porque sois todo un valiente. (*se dan la mano.*)
JAC. Ca, no señor, poco valgo:
los hay allá en Aragon
con un corazon de canto,
y dispuestos á morir.
Tampoco les cedo el paso;
siempre voy de los primeros;
como que tengo jurado
á la virgen del Pilar.
combatir á trabucazos
hasta que dejen á España.
ROM. Y dime, cómo has dejado
tu pais?
JAC. Yo ya queria
visitar esos poblados,
y dije, nunca mejor.
Fui llamando á los muchachos;
á toos les eché una arrenga:
Que vais á pasar trabajos,
les dije, «que sabé Dios
si comeremos pan blanco,
y que tendremos quizá
un tiroteo diario.
Ninguno dijo que no.
Lo primero en que pensamos
fué en la virgen del Pilar.
Su busto fué colocado
en un hermoso estandarte
que á todas partes llevamos.
Al mirar nuestra patrona
too con gusto lo pasamos:
la partida está acampada
por encima de esos altos;
pero mañana entraremos.
Vereis, parecen soldados.
ROM. Quién os manda en Zaragoza?
JAC. Quién? Un guapo muchacho,
don José de Palafox;
tendrá veintiocho años.
El pueblo echó al general
que se andaba con emplastos;
y á gusto de todo el mundo
á Palafox ha nombrado.
Y por aqui, ¿quién os manda?
ROM. Aqui el general Castaños
y en toda la Andalucia.
Muchos mozos han marchado
y se han unido al ejército
como simples voluntarios.
Otros levantan guerrillas,
y no permiten descanso
al invasor enemigo.
Todos con gusto luchamos!
JAC. A la division que sale
le seguiremos los pasos.
Yo poco descansaré.
CAR. Yo tambien os acompaño:
Voy á disponer los mios,
y mañana mismo parto.
ROM. Tambien los viejos iremos;
aqui no sirven los años.
Viva el valiente Jacinto!
Vivan los zaragozanos!
TODOS. Viva!

DUO.

ROM. Marchemos al combate,
luchemos con valor,
y vivan los valientes
del reino de Aragon!
JAC. Marchemos al combate,
yo os seguiré tambien,
y viva Andalucia!
y viva Bailen!
JAC. y ROM. Luchemos todos juntos (*duo.*)
si queremos vivir,
la gloria está en la lucha;
luchar hasta morir!
(*al concluirse el duo se oyen algunos cañonazos lejanos.*)

ESCENA XIII.

Dichos, el SEÑOR LORA *que sale corriendo seguido de varios jóvenes armados ;* MARIA *y* ANGELA *salen de su casa.*

LORA. Chiquillos, no descuidarse;
ha comenzado el jaleo,
ya principia el cañoneo.
Ea, muchachos, á armarse!
A media legua de aqui
junto al puente se encontraron,
y los nuestros atacaron
mandados por Cupiñy;
todos son gente aguerrida
que no ceden al francés,
y que en caso de un revés
venderán cara su vida.
Nueve mil hombres y mas
que con Reding han llegado,
al momento han atacado.
Castaños viene detrás.
Nosotros aqui, ¿qué hacemos?
A quién vamos á esperar?
Mujeres pueden quedar,
pero los hombres, marchemos.
Confiad en la victoria
siguiendo todos unidos;
vencedores ó vencidos
ha de resultarnos gloria.

Al grito de «Viva España!»
seamos todos soldados,
antes que vernos mandados
por una nacion estraña.
(*despues de un viva general cantan el siguiente himno final.*)

Coro.

Despertemos al grito de guerra,
ya escuchamos el bélico son,
al combate nos llama la España!
al combate nos llama el honor!

Jac. No humillemos nuestra frente
al yugo del estrangero;
no se humilla á un pueblo entero;
vuestro aliento recobrad.
A las armas sin reposo;
combatámos sin clemencia,
á la voz de independencia,
al grito de libertad!
(*se repite el coro y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero; se oyen de tiempo en tiempo algunos cañonazos lejanos.

ESCENA PRIMERA.

(Al levantarse el telon aparece *Maria* rodeada de varias mujeres del pueblo arrodilladas delante de la imágen de la virgen que está colocada á la puerta de la casa de *Lora*.)

Coro.

Al Dios poderoso
rindamos la frente,
y un ruego ferviente
al cielo elevad.
A Dios que nos oye
la paz pediremos,
de Dios celebremos
su inmensa bondad.

Aria.

Mar. Vosotras que teneis
un padre cariñoso,
las que teneis esposo
tal vez perecerán.
No faltará quien pierda
una prenda querida:
roguemos por su vida,
rogad á Dios, rogad.
(*Concluido el coro se retiran todas precedidas de Maria.*)

ESCENA II.

Jacinto, Arturo, *apoyándose en el brazo de aquel y con la cabeza vendada.*)

Jac. No desmayeis, capitan;
asios bien á mi brazo:
son golpes de la fortuna.

Art. Yo no sé cómo pintaros
mi agradecimiento.

Jac. Basta,
y cumplimientos à un lado.
Sentaos y descansad;
(*le hace sentar en el banco de piedra que está junto á la puerta de la casa de Maria.*)
aqui vendrán á curaros.

Art. A vos os debo la vida.

Jac. Bien.

Art. Me habeis libertado
de una muerte inevitable.

Jac. Yo vi que estabais lidiando:
que los vuestros sucumbieron,
y que con espada en mano
por entre cien bayonetas
os habeis abierto paso;
al mirar vuestro valor
dije á los mios: muchachos,
no merece ese valiente
concluir de un trabucazo.
No quiere entregar su espada?
Tambien yo haria otro tanto;
soy el primero que lucho
de muerte con los estraños.
Vosotros que me seguis
jamás debereis dudarlo;
pero aprended ante todo
á respetar á los bravos.

Art. Comprendo vuestra hidalguia;
y no sé cómo pagaros....

Jac. Yo no entiendo de hidalguia;
pero el corazon es ancho;
aqui estareis muy seguro;
nadie podrá molestaros.
(*se oyen toques de corneta bastante retirados y repetidos.*)
Nuestras guerrillas atacan,
yo con los mios me marcho.

Duo.

Art. Sois un valiente
y os quiero dar
alguna prueba
de mi amistad.
Yo os agradezco
tanta bondad,
tomad mi espada,
no tengo mas. (*le presenta su espada.*)

Jac. Yo la recibo
prenda de honor,
que me recuerda
vuestro valor.
Tomad mi mano
puesto que yo
no puedo daros
premio mayor.

Art. Y yo la estrecho
con efusion,
porque teneis
gran corazon.

Jac. Y yo la admito (*empuñando la espada.*)
como un favor,
que me recuerde
vuestro valor. (*vase Jacinto.*)

ESCENA III.

Arturo, *solo.*

Lejos de mi patria amada
y sin la dicha de verte,
con el alma desgarrada,
tras esta vida agitada
me espera tal vez la muerte.
Hubo una mujer hermosa
que mis pesares calmó,
y en esta vida angustiosa
ella vivia dichosa,
mas la quietud me robó.

Contemplando su hermosura
con ilusiones soñé;
yo miré su frente pura,
mas huyó tanta ventura;
de mi sueño desperté.
Toda mi ilusion fué vana.
¡Dichoso cuando te vi!
Mas fué mi suerte inhumana,
pues te vi por la mañana
y á la noche te perdi.

Aria.

Mujer á quien amo
con loca pasion,
¿por qué me has negado
mi dicha y tu amor?
Te habrán ofrecido
un fiel corazon.
Ninguno te quiere
cual te quiero yo.
Si el verme enemigo
te causára horror,
á mi no me culpes
y culpa á mi honor.
Un pobre estrangero
viene en su dolor
á darte mi vida,
el último á Dios.

ESCENA IV.

Arturo, Angela *que sale de la puerta de la izquierda.*

Ang. Un hombre!
Art. Ven, hija mia.
Ang. Qué teneis? Estais herido?
Art. Me conoces, no te acuerdas?
Ang. Vaya si os he conocido.
Vos sois aquel militar
que defendió en este sitio
á mi hermana, á mi Maria;
voy á llamarla ahora mismo
para que entreis en mi casa
y os darán algun auxilio.
Venid, venid.
Art. Ah! no puedo.
Ang. Escuchad!
Art. Mucho he sufrido
y ya las fuerzas me faltan.
(*dà un suspiro y se desmaya.*)
Ang. Maria! socorro, un herido! (*gritando.*)

ESCENA V.

Dichos, Maria.

Mar. Qué tienes, hermana mia?
Por qué gritas? Mas qué miro!
ha muerto! (*retrocediendo.*)
Ang. Se ha desmayado;
pero antes habló conmigo.
Mar. Dios mio! ¿qué debo hacer?
Oh! salvarle es preciso.
A casa le llevaremos;
mas dirán que á un enemigo...
Ang. No, hermana, no puede serlo
quien á ti te ha defendido.
Mar. Es cierto, tienes razon;
mas, ¿qué hacer en tal conflicto?
Llama pronto á los criados.
Ang. Si, si, vendrán ahora mismo. (*entra en la casa.*)
Mar. Será la herida de muerte!
Y si estubiese en peligro? (*salen los criados con Angela.*)
Llevadle pronto allá dentro,
para ver si conseguimos
que vuelva al momento en si.
Oh! salvadle, Dios mio!
(*vanse todos y entran en la casa.*)

ESCENA VI.

Anton *y pueblo.*

Ant. Muchachos, por aqui vino;
aqui le han visto llegar.
Hombre. Aqui tampoco le vemos.
A dònde diablos está?
Ant. Esa puerta está cerrada.
(*señalando la de la derecha.*)
En esta casa estará. (*señalando la de la izquierda.*)
Hombre. No es posible que Romero...
Ant. Nada importa... á registrar;
ese oficial se ha batido
como el mismo Satanás.
No se ha querido rendir,
y ha herido de este lugar
á tres que se le opusieron.
Le ha querido libertar
Jacinto, el aragonés;
mas no tengamos piedad;
si los heridos sucumben
le debemos fusilar.
Todos. Pues vamos.
Hombre. Tiene razon.
Ant. Ellos el ejemplo dan
destrozando nuestros campos,
y saqueando ademas
las casas y las iglesias.
Ellos fusilando van,
y no respetan á nadie;
la ley debe ser igual.
Nada, no hay que detenerse,
muchachos, á registrar.
(*todos se dirigen á la casa de Romero.*)

ESCENA VII.

Dichos, Maria.

Mar. A dónde vais tan furiosos?
Para qué dais esas voces?
Ant. Venimos por un francés
que en esta casa se esconde.
Mar. En mi casa nadie ha entrado,
y si mi padre...
Ant. Es un hombre
à quien todos respetamos;
pero es posible que ignore
que su casa sirve ahora
para salvar á bribones.
Mar. Os digo que nadie entró. (*turbada.*)
No puede ser.
Ant. (*ap. á los suyos.*) (Que me ahorquen
si el oficial no está dentro.
En la cara se conoce.)
No podemos perder tiempo;
basta ya de esplicaciones.
Dejadnos franca la entrada
y pronto se reconoce.
Mar. No, por Dios, no le mateis;
su vida peligro corre,
y yo salvarle deseo.
Qué vais á hacer con un pobre

estrangero, que está herido?
Qué! no temeis que os deshonre
una muerte tan injusta?

ESCENA VIII.

ichos, Arturo, *apoyándose en el hombro de* Angela.

ᴐdos. El es!
ᴀʀ. Cielos!
ʀᴛ. No os asombre
si yo mismo me presento.
He escuchado vuestras voces,
y las sentidas palabras
del angel que así se espone
por defender una vida
que tal vez no se prolongue:
yo no puedo consentir
que sufrais mas sinsabores. (*adelantándose.*)
Matadme si lo quereis:
¿qué importa en el mundo un hombre?
ʀ. Y cometereis tal crimen?
No, no sereis tan feroces.
Ar. Con él á la plaza!
Todos. Vamos!
Aʀ. Y basta ya de razones.

ESCENA IX.

Dhos, Carlos *por la izquierda con el brazo izquierdo vendado, y* Romero.

ᴀ Deteneos.
I. (*abrazando á su padre.*) Padre! Carlos!
ᴀ Es un militar de honor, (*señalando á Arturo.*)
y debemos respetarle.
El mismo tambien me hirió,
y luchamos frente á frente,
pero luchó con valor.
Ademas, contra los suyos
á Maria defendió:
y si matarle quereis
primero moriré yo.
Tanta nobleza me admira!
Yo os agradezco el favor.
Yo con mi honor he cumplido
como el capitan cumplió.
Eres hombre generoso; (*despues de una pausa*)
o apruebo, tienes razon;
á haber nosotros sabido
que á Maria defendió,
e le hubiera respetado.
i levantamos la voz,
mbien merece disculpa
l pueblo á quien se engañó,
encontró, en vez de aliados
nemigos y traicion.
Comprendo bien vuestras quejas;
o estraño vuestro furor.
Retirémonos ahora
demos una leccion:
de nobleza se trata
die á nobles nos ganó. (*se retiran.*)
etiraos, capitan.
oy á buscar un doctor
e cure vuestras heridas.
ʀᴛ. Gracias, mil gracias.
A Dios!
(*ase Carlos, Anton y demas gente del pueblo.*)

Cuarteto.

ʀᴛ. Yo no sé como pagaros
tan señalado favor;
es una deuda sagrada,
es una deuda de honor.

Terceto.

Mar. Vos con pecho generoso
corristeis en mi favor;
recordad la deuda mia
pues sois mi libertador.
Rom. Vos salvasteis á mi hija,
prenda de mi corazon,
disponed de mi fortuna
pues fuisteis su salvador.
Art. La dicha que yo soñaba,
el cielo me la negó.
dichoso el hombre que pudo
merecer tu corazon.
Mar. A tal favor obligada
no pude daros mi amor,
mas una memoria eterna
quedará en mi corazon.
(*concluido el terceto ayudan entre los dos á Arturo y lo conducen á su casa.*)

ESCENA X.

Jacinto, Curro, Anton *y pueblo; antes de salir se oye dentro un viva general.*

Cur. Bien, muchachos. ¡Viva España!
Todos. Viva!
Cur. Concluyó el cañoneo,
la batalla está ganada,
los españoles vencieron.
Con qué valor se han batido
los valientes regimientos
de España y Ciudad-Real!
Ya los franceses se vieron
cercados por todas partes,
y con el mayor denuedo
quisieron romper el paso;
pero en vano, no pudieron.
Tambien tocó alguna gloria
á la gente de estos pueblos,
que sostuvieron un choque
con un batallon entero.
Cansados ya de combate
los enemigos, pidieron
suspension de hostilidades,
y un general de los nuestros,
don Teodoro Reding,
mandó suspender el fuego.
Ya piden capitular,
y todo el campo está lleno
de trofeos militares,
muchos heridos y muertos.
Tambien el bravo Jacinto
se batió de los primeros.
La victoria fué de España;
el triunfo ha sido completo.
Jac. Ea! chicos, ya lo veis; (*á los suyos.*)
estamos sanos y buenos
despues de haber peleado,
y á la virgen lo debemos.
(*señalando un estandarte blanco que trae uno de los aragoneses, en el que se vé bordada una imágen de la Virgen del Pilar.*)
Por hoy, no habrá fatigas;
los peligros concluyeron.
Que salgan las cantineras
y que comience el jaleo.

Venga pronto una rondalla;
la victoria celebremos.

(*salen las cantineras con varios de los de la cuadrilla de Jacinto; antes de empezar saludan al estandarte y despues bailan la rondalla aragonesa.*)

ESCENA XI.

(*concluido el baile se oye dentro una música militar y sale corriendo* CURRO.

ROM. Di, Curro, ¿qué ha sucedido?
CUR. La accion empezó de nuevo.
Todo estaba suspendido;
y un general, uno de ellos,
no quiso capitular;
de improviso rompe el fuego
y sobre los nuestros carga;
mas pronto los recibieron
y el choque ha sido horroroso;
pero vió que no hay remedio
y el combate suspendió.
Estan firmando el convenio
y van á rendir las armas
veinte mil hombres lo menos.
Hácia aqui vienen los carros
que conducen armamentos
y algunas de las banderas
que en el campo se cojieron.
Una desgracia ha ocurrido
y rèferírosla siento;
el valiente señor Lora
se batió de los primeros;
pero está muy mal herido.
CAR. Mi padre!
CUR. Aqui le tenemos. (*oscurece.*)

ESCENA XII.

El SEÑOR LORA *sale en una camilla, rodeado de gente armada con algunas banderas cogidas al enemigo, y con hachones encendidos.* CARLOS *se dirige á abrazar á su padre;* MARIA, ROMERO, JACINTO, ANGELA, ANTON *y* CURRO, *estan colocados en primer término rodeando la camilla que estará en medio de la escena; Carlos de rodillas y estrechando la mano de su padre.*)

CAR. Padre mio!
LORA. No; no llores.
(*incorporándose; reconociendo el sitio y mirando las banderas colocadas frente de él.*
Banderas! Qué significa?..
Dios mio! Todo me indica
que somos los vencedores.
Si triunfamos del mas fuerte
por qué tristes os hallais?
Es por mí? Nada temais,
que mi herida no es de muerte. (*abraza á su hijo.*)
Sin duda el cielo queria
que, aunque viejo, no muriera,
para que gozar pudiera
de un momento de alegria.
Pues logramos tanta gloria,
es preciso que me oigais,
para que apreciar podais
lo que vale esta victoria.
Las banderas abatidas
(*señalando las banderas cogidas al enemigo.*)
á la Europa dominaron,
ellas con gloria marcharon,
rara vez fueron vencidas.
Hubo un pueblo que logró,
recordando su grandeza,
humillar tanta fiereza,
y España se levantó.
A la Francia ha resistido,
y luchará con empeño;
nunca un pueblo fué pequeño
cuando se presenta unido.
Para el pueblo que orgulloso
lucha por su libertad,
guarda la posteridad
algun recuerdo glorioso.
La posteridad tambien
dirá, tras de largos años:
hubo un general: ¡Castaños!
vencedor en Bailen.
(*en seguida cantan todos el siguiente coro final.*)
Del coloso que el mundo admiraba
el orgullo en España se hundió:
celebremos tan grata victoria
celebrando de España el valor.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Es copia del original censurado.

ADVERTENCIAS

para los teatros que quieran poner en escena este libreto suprimiendo la parte de canto.

ACTO PRIMERO.

NOTAS.

1.ª Al levantarse el telon y despues de los gritos algazara de los que beben, puede suprimirse el coro, empezando en la escena segunda.

2.ª En la escena octava, despues de este verso, *Si, sabremos encontrarnos*, puede suprimirse todo lo que sigue hasta la escena diez en que sale *Carlos.*

3.ª En la escena doce, despues de este verso *¡Vivan los zaragozanos!* puede suprimirse el duo que sigue, y continuar en la escena trece.

4. Puede concluirse el acto primero con estos dos últimos versos:

Antes de vernos mandados
por una nacion estraña.

ACTO SEGUNDO.

1.ª Los versos del coro de la escena primera, y del ária, puede decirlos *Maria*, como si fuese una plegaria.

2.ª Puede suprimirse el duo de la escena segunda, y decir por terminada la escena en este verso:

Yo, con los mios me marcho.

3.ª Puede suprimirse el ária de Arturo.

4.ª Los versos del terceto de la escena nueve pueden recitarse como parte de la escena.

5.ª Puede concluirse el acto con un viva general despues de estos versos:

Hubo un general Castaños
vencedor en Bailen.

MADRID, 1850.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, número 12.